

VALORES DE MI TIEMPO

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO: Lirismo rebelde y melancólico

...más ella todavía,
pues se parece a su recuerdo inmenso!

Juan Ramón JIMÉNEZ

...¡Ah!, desde niño,
tú sabes, alma mía, cómo todos los so-
nes llegaron a ser música para mí...

Walt Whitman

...Nasce una memoria di buio...

Salvatore QUASIMODO

JOSE Agustín Goytisolo (cuarenta y un años cumplidos; universitario; viajero por España, por Europa, por América; espíritu inquieto; curiosidad; destacado traductor al castellano de poesía catalana, y extranjera; interés absoluto por las cosas del mundo; premio "Boscán", 1956, por sus «Salmos al viento»; premio «Ausias March», 1959, por su libro «Claridad») pertenece, con su obra poética, a la promoción que se manifestaba, por los años cincuenta, ocupando en ella un señalado y atractivo lugar; aquella promoción con voluntad de cambiar de rumbo, con propósito de expresar al hombre inmerso en la realidad de su tiempo, decidida a abandonar los sometimientos a la forma, imperante en la poesía de nuestra posguerra; y todo ello producía una nueva toma de contacto espiritual y estético con la generación poética de 1927, cuyos valores, después de un extenso silencio, se revalorizaban en su totalidad; uno de sus componentes, además lúcido cohesionador del grupo, Dámaso Alonso, ya anteriormente (1944), verificaba una eficaz convocatoria a la realidad con «Hijos de la ira». Conozco a José Agustín Goytisolo desde sus primeros pasos poéticos, y sigo su labor con vigilante atención; llamaba poderosamente mi interés su primer libro «El retorno», en el que considero existen las raíces de su manera poética, de su firme manera lírica a la vez rebelde y melancólica; rebelde porque se siente hostil a las desigualdades y a las negaciones a que el mundo somete al hombre; melancólica porque por debajo de sus versos transcurra un caudaloso río de recuerdos, de brumosos momentos que delataban su añoranza por un impalpable paraíso perdido; por todo eso que voy diciendo deprisa, no sé yo quién catalogue, como muchos hicieron, a José Agustín Goytisolo, en el exclusivo censo de la denominada «poesía social»; vuélvase a su primer libro, recórranle todos los de su activo con minucia, crúcese el viento de sus «salmos», y siempre, por los caminos de la sátira más desenfadada, por las mayores rebeldías, se verá aflorar con un varonil pudor, algo —un recuerdo, una contrición o la piel reluciente de una muchacha entrando en el mar— asolado por la melancolía; con quilates de un lirismo, quiero decir una intimidad, que, quiérase o no, es lo que concede universal validez a su obra; y ya que se habla de pudor, recordemos aquí, y proclámemoslo para general conocimiento, que esa elegía contenida y silente a la muerte de su madre que «El retorno» (1955) es, lo es sin nombrarla ni una vez por su nombre, para no caer en delicuescencias peligrosas a que la nominación del oficio en vida de Julia Gay pudieran conducir; Julia Gay, su madre, muerta en un bombardeo durante nuestra guerra civil, cuando el poeta andaba por los ocho años; de esa infancia desierta y extraña arranca todo: «los sonidos llegaron a ser música...» Y no digo más; tengo como una prisa en acabar estas notas, para que lleguen ustedes cuanto antes a las palabras finales de nuestro diálogo, las suyas, aclaradoras de cuanto vengo diciendo, que es lo que pienso, vengo pensando desde que conozco a José Agustín Goytisolo, y hablamos de Pedro Salinas, y me conmovió que —como en mí— la muerte de su madre fuera en él, en el fondo de los fondos, el auténtico, motivación del acto poético.

...Es nervioso, vitalísimo, difícil de someter a una pauta; vive rodeado de libros, de sueños, de recuerdos cristalizados en recortes de prensa que guarda amorosamente, así como nosotros perdonamos...

Esto es algo, solamente algo, de lo mucho que hablamos en su casa; nos bebimos, mano a mano..., una botella de... agua mineral:

—Nacés en 1928; ¿dónde?

—En Barcelona, en la calle Raset, Junto a la Vía Agus-

ta... —¿Cómo era la Barcelona que tú recuerdas, de entonces?

—Muy diferente... sobre todo, los recuerdos míos... éramos una familia de clase media acomodada... conocí más bien aquellos barrios de hacia arriba... Tres Torres, Sarriá... todo muy despoblado entonces... el tren por la zanja... y se hablaba todavía de «ir a Barcelona»... eran los felices treintas... Cada estación del tren de Sarriá tenía su pobre, que era fijo...

—Primer colegio?

—Las «Teresas» o «Teresianas», de la calle de Gaudí, un edificio de Gaudí... era un parvulario.

—Y el segundo?

—El segundo ya fue después de la guerra; los Jesuitas de Sarriá... y de allí me sacaron en cuarto curso, por «ma- la conducta», no por malas notas... terminé en los Hermanos de Lasalle, en Bonanova.

—¿Qué fue la guerra para el niño de ocho años que eras tú, entonces?

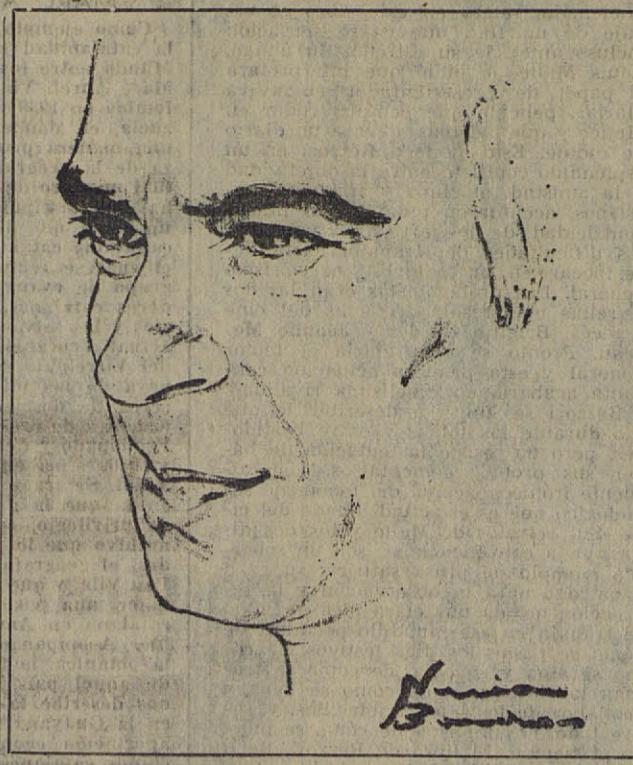
—Para mis hermanos y para mí, además de la disgregación general, significó la pérdida de nuestra madre, en un bombardeo en Barcelona... y una enfermedad larga de mi padre, en cama hasta por el año 1942. Nosotros pasamos la guerra, como refugiados, en Viladrau. Además de todo eso, de niños, mis hermanos y yo teníamos una feroz y extraña libertad... Jugábamos con bombas de mano... ¿Te acuerdas de «Duelo en el paraíso» de mi hermano Juan? Allí salen algunos aspectos de esa vida de los niños que nosotros fuimos entonces... y como nosotros... tantos... Me quedó como un odio por la violencia... como una pregunta sin contestar del por qué había ocurrido aquello, que yo, como niño, no podía explicarme.

—Ese dolor de la pérdida de tu madre asomaría en tu poesía?

—Si... si... el primer libro que publiqué, accésit del «Adonais», tiene a ella como tema esencial, aunque no se diga... es una elegía a la muerte de una mujer... me daba como una especie de pudor de hablar de conceptos filiales... estropear eso que pudiera haber de auténtico en el canto por la desaparición de un ser querido... Eso fue lo primero que publiqué... escribímos desde niños...

—La vocación poética, ¿cuándo llega, de verdad?

—En Madrid; en una residencia de estudiantes, donde conocí a José Angel Valente. En Madrid mismo, me hice muy amigo de José Manuel Caballero Bonald, y de un ni-



caraguense que es un poeta espléndido, Ernesto Mejía Sánchez... De antes, eran ya amigos míos, en Barcelona, Carlos Barral y Gil de Biedma... por los años... 52, 54...

—Y, ¿cómo vino esa vocación?

—Escribiendo los primeros poemas de «El retorno».

—¿Qué poetas habían causado en ti, por entonces, más huella?

—Los padres de la generación del 27: Juan Ramón y Antonio Machado. Sobre todo, Juan Ramón.

—¿Por qué sobre todo Juan Ramón?

—Juan Ramón Jiménez es un poeta extraordinario; y, aparte de su vinculación temporal al «Modernismo», es, en la continuación, el que hace posible la aparición de la generación del 27; hoy, injustamente postergado... aunque estoy completamente seguro de que va a volver a estar viéndome dentro de muy poco tiempo... ya se notan los síntomas...

—¿Cuáles?

—Pues... porque está separándose la imagen de poesía castellana igual a poesía de Castilla, entendiéndose por esto no sólo el paisaje geográfico de la meseta, sino un cierto tipo de paisaje moral, por llamarlo de alguna manera. Toda la poesía «engagée» de la generación del 27 y posteriores, ha borrado un poco la imagen de Juan Ramón y las facetas del 27 que son verdaderamente creativas, como el Lorca de «Poeta en Nueva York», Salinas, todo Cernuda y el mejor Alberti, en beneficio de cierto sector de la poesía de Antonio Machado, y de los poemas de Alberti relativos a la guerra que no son los mejores. Y Juan Ramón Jiménez volverá precisamente porque la perspectiva permite ver las cosas en su verdadero sitio.

—Por favor, bien, muy bien está todo cuanto dices... pero debemos seguir con las lecturas que te causaron huella... Nos quedamos en lo que tú has llamado «padres» de la generación de 1927...

—De la generación del 27, sobre todo, Cernuda, Alberti y Salinas... y el Lorca de «Poeta en Nueva York», y Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre; los simbolistas franceses... y por los primeros años de la década del cincuenta: Huidobro, Vallejo, Neruda...

—De los simbolistas franceses, ¿con cuál te quedas?

—Rimbaud.

—¿Por qué?

—Yo creo que es el que ha logrado en una obra más comprimida una serie de imágenes de las que luego, en definitiva, vivimos todos... Además, el mismo hecho de la obra truncada... que, en un momento dado, deja el escritor... impresiona mucho que una persona decida esa especie de suicidio, cuando cree que su vida literaria ya está cumplida.

—¿Ningún simbolista más?

—Como él, no.

—Y de los nuestros que has citado, ¿con cuál te quedas?

—El más grande de todos es Juan Ramón Jiménez; pero yo posiblemente me quedaría, por su mayor cercanía, con Luis Cernuda, o con una gran parte de la obra de Alberti. De todas formas, son, los del 27, un grupo de escritores extraordinarios... Y con esa pregunta... me haces dejar en el tintero a gente como Pedro Salinas...

—No te has fijado que los jóvenes, y algunos que no lo son tanto, no le tienen en cuenta para nada?

—Salinas lo es todo en la poesía de amor castellana contemporánea.

—Pero resulta que la poesía de amor está, hoy, con mala prensa, ¿no te parece?

—Yo creo que no... Lo que pasa es que se meten muchas cosas en el saco etiquetado con el nombre de «poesía de amor»... pero es un tema, como la muerte, la angustia, o el dolor, que se dan, y se darán en forma permanente en toda expresión literaria.

—Tú estás incluido en las antologías de «poesía social», ¿por qué?

—Supongo que es por el libro de sátira social «Salmos al viento», y también porque la expresión «poesía social» esconde un sentido no solamente social, sino también cívico; la rebeldía y el afán de libertad están presentes en muchos de sus poemas, aunque no me he especializado en lo social.

—¿Qué procuras en tus libros?

—Una constante.

—¿Cómo la definirías?

—Intimidad: rebeldía a los esquemas establecidos... afán de libertad... melancolía... dolor... y como una especie de contrición por lo que he hecho mal... y una cosa de la que no me puedo desprendere nunca: como una nostalgia del reino perdido... de lo que uno fue y hubiera querido seguir siendo.

José CRUSET